AÑO II — BUENOS AIRES 19 DE MARZO DE 1923 — N.o 61

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden -- Redacción y Administ.: PERÚ 1537 -- Valores y giros a A. Barrera

El círculo vicioso de los frentes únicos

Sin quererlo, los que defienden entre nosotros la organización por industria — o por ramas industriales — resucitan la tendencia "unitaria" y ponen de actualidad el desterrado sofisma bolcheviqui del "frente único". Nuestro movimiento obrero, cuyas características esenciales las constituyen los sindicatos de oficio, pero cuya esencia doctrinaria está en la organización por tendencias — la sindico-estatista y la anarquista, principalmente — giraría en torno al círculo vicioso del industrialismo, de la misma manera que ayer giró alrededor del unionismo propiciado por las capillas cismáticas del sindicalismo criollo.

Cada vez que en nuestro campo se produce un revuelo y el confusionismo nos hace vacilar por un momento, aparecen en escena los pescadores en el río revuelto de la política. Y el proceso de desintegración se produce siempre en perjuicio, sino de la calidad, de la cantidad anarquista, medrando a costa de nuestras desgarraduras los elementos camaleones que pululan en el campo obrero a la pesca de cuanto desperdicio arrojamos de nuestras filas. ¿Se está por producir un nuevo desglosamiento de las fuerzas sindicales del anarquismo, en beneficio de las fracciones integradas en la camaleona U. S. A.?

Se ha pretendido encerrarnos en el círculo vicioso del industrialismo.

Y con el pretexto de crear sindicatos de "rama industrial" — ¡y qué ramas! — se resta fuerzas a la F. O. R. A. y se fortalece numéricamente a la desarticulada y revoltijada U. S. A. ¿Es así como defienden las ideas anarquistas esos sindicalistas partidarios de la cantidad e idólatras de la masa?

De nuestras desavenencias, de nuestras manías innovadoras — por no decir del cretinismo de algunos pseudo anarquistas — sacan ventajas los pescadores en río revuelto. Y ya se aprestan a tender su red en el campo que les debiera estar vedado, esos habilidosos oportunistas que rumían el comunismo de andorga que puso en boga el atracón bolcheviqui al depauperado y famélico pueblo ruso.

La fracción bolcheviqui que convive con el camaleonismo en la andrógina U. S. A., viendo sin duda una buena oportunidad en la propaganda derrotista de nuestros "industrialistas", repite de nuevo su fracasada maniobra del "frente único". Pretextando una desavenencia con los dirigentes "usistas" y "usados", la minoría bolcheviqui acaba de publicar un largo y cocodrilesco manifiesto, en el que se propicia una nueva "unificación" para oponer un "frente único revolucionario" al frente capitalista y combatir así la creciente reacción burguesa y exigir la libertad de los presos por cuestiones sociales. ¿A qué obedece esa maniobra de los oportunistas discípulos de Lenin?

Se vuelve a repetir la maniobra confusionista que terminó con la parodia de fusión obrera.

La U. S. A., complemento de toda la resaca sindical que flota en los remansos de nuestro movimiento obrero, no satisface a los dirigentes del minúsculo partido comunista. Quieren agrandar sus raleadas filas a costa del anarquismo, y para ello dan un nuevo golpe de mano, contando posiblemente con la confusión que traería a nuestro campo la prédica de los últimos innovadores: los "industrialistas". Por eso los delegados "comunistas" de gremios adheridos a la U. O. L. de Buenos Aires, al plantear su disidencia en el choque de andorgas producido recientemente en la "usita", presentaban como motivo de oposición su propuesta del "frente único".

La maniobra confusionista está contenida en la siguiente proposición de la minoría bolcheviqui:

"... Teniendo en cuenta la división existente en la clase obrera, muy a pesar nuestro y que no es del caso señalar, la Asamblea resuelve:

"Dirigirse al C. C. de la Usa para que invite a la Fora comunista y sindicatos autónomos, a objeto de constituir un frente único, sobre las siguientes bases:

"1.o Realizar toda clase de trabajos por la libertad de los presos sociales;

"2.o Iniciar una agitación entre los trabajadores tendiente a evitar y repeler los atropellos que efectúa la clase capitalista;

"3.o Oponerse por todos los medios de acción a toda rebaja de los actuales salarios o aumento en las horas de la jornada, como asimismo a todo aumento de precio en los artículos indispensables para la existencia, la vivienda y medios de transporte (tranvías, ferrocarriles, etc.);

"4.o Promover una agitación tendiente a la conquista de mejores condiciones de vida para los trabajadores;

"5.o Dar comienzo cuanto antes a los trabajos y propaganda necesarios a objeto de conseguir la unidad obrera en una sola organización nacional".

El golpe no puede ser más premeditado. Pero los anarquistas sabrán esquivarlo y hacer que el arma divisionista vaya a herir a los mismos que la esgrimen. Nosotros señalamos únicamente la coincidencia de la propaganda "industrialista" con esa nueva maniobra "unitaria" de los bolcheviquis criollos. Y, al señalarla, ponemos sobre aviso a los compañeros para que no se dejen sorprender por la torpe maniobra de los revolucionarios de dictadura y de pesebrera.

Hay cosas que, por su condición, mejor es dejarlas en su lugar. Y eso del industrialismo, por su origen sospechoso, mejor es no mencallo.

¡Huele tan mal el pobrecito muerto!

ALQUILERES

—¿No puede pagar dos piezas? ¡Viva en una! Los chicos se acostumbrarán. Y después de todo, ¿quién le manda ser pobre y tener chicos?

LA SISMOLOGIA

En estos últimos cuarenta años la sismología, o ciencia de los terremotos, hasta entonces, y desde Aristóteles, humilde anexo de la meteorología, porque las conmociones terrestres pasaban como dependientes de causas atmosféricas o cósmicas, ha concluído por conquistar su autonomía, y desde entonces sus progresos se han desarrollado en tal forma, que los movimientos del suelo, no siendo ya los movimientos misteriosos de antes, merecen que, franqueando los límites del círculo un poco estrecho de los sismólogos profesionales, se expongan al público los resultados considerables ya obtenidos.

Tomando la palabra temblor de tierra en su sentido literal, todo movimiento de la corteza terrestre, pequeño o grande, entra en el dominio de la sismología o ciencia de los temblores de tierra. Pero desde la invención de los sismógrafos, es decir, de los aparatos destinados a registrar, de una manera durable, los estremecimientos del suelo para sustituir con algo durable, y *medible* sobre todo, a las fugaces y engañosas impresiones de nuestros sentidos imperfectos, pronto hubo de apercibirse que además de los movimientos sensibles y a veces destructores, existe una multitud de otros movimientos imperceptibles para el hombre, y que la superficie del globo está, como quien dice, en un estado de perpetua agitación, y esto en todas partes, hasta en los países no solamente nunca expuestos al peligro sísmico sino también en aquellos en que el hombre no siente sino por excepción ondular el suelo bajo sus pies. Esto es lo que se llama *microsismo*, por oposi-

ción a los *macroscismos*, es decir, los temblores de tierra, fenómeno natural que no exige ninguna definición.

Parecerá, sin duda, que esta clasificación es simplemente arbitraria, pues reposa aparentemente sobre una cuestión de grados de intensidad en relación a la impresionabilidad de nuestros sentidos. Pero no es así. Los microseismos resultan, en efecto, de un gran número de causas: vientos, temperatura atmosférica y diferentes dilataciones de las capas terrestres externas; variación de la presión atmosférica; olas y mareas asaltando las costas; atracción luni-solar produciendo verdaderas mareas en la corteza terrestre a pesar de su solidez; estremecimientos debidos a la actividad humana: los motores, ferrocarriles y tranvías, cañonazos, explosión de minas, y hasta el son de las campanas, etc., etc. En fin, los terremotos mismos conmueven toda la masa terrestre y se registran lejos del centro en forma de microseismos.

Se ha formado así todo un vasto dominio de sismología que interesa sobre todo a los geo-físicos y que comprende el estudio de la propagación de los verdaderos temblores de tierra lejos de sus centros y a toda profundidad a través de la masa planetaria. Las propiedades físicas de los materiales terrestres intervienen directamente en este estudio, lo cual obliga a recurrir a una de las partes más árduas de la mecánica racional, la teoría matemática de la elasticidad. Pero, universalmente, de esos fenómenos de propagación observados por medio de sismogramas, representación geométrica de los movimientos propagados, se puede remontar a las propiedades físicas y elásticas de los materiales terrestres tanto superficiales como profundos. Es así como se pudo demostrar con la observación, que, en su conjunto, nuestro globo es un cuerpo cuya rigidez es más grande que la de un bloque de acero del más duro. Debido a las colosales presiones de gravedad que, hasta el centro, se desarrollan en la masa, eso supone en los materiales (probablemente hierro casi puro) un estado cuyas propiedades nos son desconocidas y apenas concebibles, al cual se ha dado el nombre de *hipersólido*, que no se sabría deducir mucho por extrapolación del estado de la materia, tal cual la estudiamos en nuestros laboratorios de física y de resistencia de los materiales.

¡Qué lejos se está de la antigua concepción del núcleo central fluido e incandescente! De toda esta sismología instrumental y matemática, este resultado es el único que puede interesar al público instruído, si agregamos además que aproximadamente a un sexto del radio terrestre, a partir de la superficie, debe haber un cambio brusco de la constitución y de la densidad de los materiales del planeta. En fin, el estudio de un sismograma permite en un observatorio cualquiera calcular las coordenadas geográficas del punto donde se ha producido el temblor de tierra y también su profundidad bajo la superficie.

Si estos resultados pueden y deben llenar de satisfacción y hasta de orgullo a los sismólogos mecánicos y matemáticos, no se ha encontrado todavía hasta el presente nada que se refiera al verdadero temblor de tierra, porque estudiando lejos del movimiento sísmico los movimientos propagados, no se trata sino de un efecto consecutivo del seismo. ¿Si se quisiera a distancia determinar qué instrumento toca un músico que no se le ve ni oye, se instalará un aparato registrador de las vibraciones sonoras de la atmósfera para interrogar los diagramas? Toda la cuestión reside ahí y posiblemente la solución de este problema sería más fácil que el otro cuya solución se pide a los sismogramas. De hecho, si nuestro conocimiento sobre la causa de los temblores de tierra ha realizado grandes progresos, ha sido por otros caminos que se ha llegado desde hace más de un tercio de siglo. Los innumerables sismogramas estudiados y medidos en las 325 estaciones sismológicas distribuidas sobre toda la superficie del globo, no han contribuido en nada, no más que los no menos innumerables microseismos registrados, hasta cuando su frecuencia, en un tiempo dado, es bastante grande como para hablar de tempestades microsísmicas.

Montessu de BALLORE

= NOTAS =

Somos brutos sin vuelta

La flacura mental del pueblo argentino ha quedado en descubierto una vez más. El sopapo de un boxeador nacional — aunque fuese dado sobre los molares de una bestia extrangera — desmanteló al país de su presunta cultura y la barbarie ingénita se exhibió en toda su desnudez.

No lo decimos nosotros; lo han demostrado los hechos. Al día siguiente del triunfo de Firpo en Nueva York, los ocho millones de "argentinos" no hablaban de otra cosa, y no podían, ni querían, ocultar su satisfacción. ¡Había triunfado la trompada nacional y era el caso de demostrar que somos un pueblo de brutos!

Un pueblo que quiere, que pone todo su empeño para que se le conozca como bruto, no hay duda que consigue su objeto; pues nadie va a tomar la patada de una bestia por una manifestación de inteligencia...

La fuga

Veinte años de penitenciaría, que pesaban como una mole sobre la vida de un hombre joven, fueron abandonados tras los muros del ergástulo para que los recojan los cancerberos sociales y se los coman, si quieren...

¿Qué sucedió en la Penitenciaría Nacional? Un compañero condenado a una pena monstruosa, tan monstruosa como el alma negra de los jueces que lo condenaron, se *confundió* entre la multitud de visitas y consiguió escabullirse. ¡Hurra y hurra!

Has logrado, hermano, zafarte de los engranajes trituradores con que la perversidad social despedaza a los que no acatan sus mandatos criminales, y la calle, el ambiente, el tráfico urbano, todo lo que era pueblo y por eso te pertenecía, facilitaron tu fuga, te envolvieron como en un manto de protección y te ocultaron a los ojos y al olfato de la jauría que se lanzó detrás de tí.

¡Que te echen un galgo, porque los sabuesos no te alcanzarán!

¡Salud, libertad y R. S., compañero!

Firpo

Ha triunfado el hombre más fuerte de la Argentina, según el decir de los gacetilleros adulones y serviles.

Nosotros no estamos de acuerdo en que sea el hombre quien ha triunfado, por más que se nos diga que todos los que se nos parecen son hombres. Por hombre comprendemos el tipo humano, dotado de todos los sentimientos que establecen la diferencia de nuestra especie con los demás animales.

Firpo no ha triunfado como hombre, porque el hombre se manifiesta en la inteligencia, y éste se ha manifestado en la fuerza. Es su bestialidad la que ha dado el triunfo al boxeador. En esto no tendrán más remedio los admiradores del box que estar de acuerdo con nosotros.

La inteligencia no entra para nada en el adiestramiento de las bestias. Que lo digan sino los que enseñan el baile al oso y gimnasia a las focas, etc.

¿El hombre? Cuidado, señores gacetilleros, con ofender la magestad de la personalidad humana! Pensad, eso sí, que las bestias han ganado la ciudad y el hombre debe huir a la selva, porque así parece determinarlo un profundo trastrueque de valores morales y físicos.

Lo que triunfa hoy es el elemento de la selva, el zarpazo de la bestia. La inteligencia es muy débil aún para oponerse a esas corrientes violentas y por eso se ve obligada a huir de la ciudad, desalojada a puñetazos, y buscará refugio en la selva.

El "hombre más fuerte" de la Argentina va de ciudad en ciudad a medir sus golpes de puño con otros "hombres fuertes". ¡Lo que son los tiempos! Sansón medía sus fuerzas con los leones; ¿por qué Firpo no se mide con los toros y carneros, agarrándose a topadas con ellos?

Estaría más en carácter...

Los frescos

Para frescos no hay nadie como los cuatro cajetillas que hacen bolcheviquismo ruso en Buenos Aires. Y no puede ser de otro modo, pues su primer "frescura" consiste en simular la existencia de un partido político amasado con levadura "revolucionaria", que ya es ir más allá de la desfachatez.

Estos modelos de caraduras, aunque todo su coraje se les va por la boca, en una procacidad de lenguaje que pasma, tienen, sin embargo, un "valor" asombroso frente al ridículo; no le temen a lo que le teme toda persona medianamente honesta. Observad la actitud de los cuatro cajetillas frente a los hechos anarquistas que llaman la atención del proletariado: aunque sienten por los anarquistas un odio moro, un odio de reptil que se arrastra hacia la paloma que vuela, ellos aparecen siempre aplaudiendo esos hechos. Que Wilckens ejecuta al verdugo de la Patagonia, aplauso de los cajetillas que "bolcheviquean" en Buenos Aires; que Badaracco va, por sus ideas, a las ergástulas militares, aplauso a las ideas de Badaracco; que Sacco declara la huelga de hambre, los cajetillas se declaran solidarios del gesto anarquista de aquel mártir.

Esto es más que "frescura", es cinismo de la mejor cualidad... Solamente a los cínicos les es dado aplaudir los actos de los enemigos.

El cinismo parece ser la cualidad sobresaliente de estos frescos que hacen bolcheviquismo ruso en Buenos Aires.

Los otros burgueses

Los proletarios que se apresuran a preguntarnos cómo se organizará el consumo y la producción después del cataclismo social que dé por muerto a éste régimen, no se diferencian en nada de los timoratos burgueses cuando aquellos dicen que tal hecho sería el caos.

En los burgueses no tiene nada de extraño esa preocupación. Al fin y al cabo, ellos, que viven especulando, con eso no hacen sino una especulación más; tratan de asegurarse la manduca para el futuro.

Pero los proletarios.... ¿No se conforman éstos con que al otro día de la revolución todo el mundo tenga qué comer?

—— (o) ——

La manzana de Eva

Amanece. Me he quedado casi toda la noche por esas calles que la gente honesta no nombra sino a media voz y con leve rubor en la faz. La ciudad emerge de las sombras, precisando volúmenes y planos, lívida y desencajada. Camino, despaciosamente. En el horizonte, tras agitados nubarrones de un cobalto violáceo, se adivina el tímido pespuntear de la luz primera. Un birloche de lechero pasa. Luego un transeunte. Otro. Un rumor lejano, como de mar que despierta, y que, por momentos, se avecina encrespado y arrollador, va invadiendo el ambiente. Desemboco en una calle y ante el asombro de mis ojos, se diseña una escena de marcado sabor bíblico. Una mujer, de escorzo, la mano a la altura del hombro, ofrece, tentadora, una manzana a dos policías. Estos se alegan y alcanzo a oír que la dicen:

— Gracias, gracias... Pero lléguese ligerito a su casa antes que la vea el oficial de ronda.

Comprendo. Es una honrada meretriz que ha concluído su noche de trabajo. La sigo, puesto que mi camino es el suyo. En tanto, la observo disimuladamente. Es obesa, quizá vieja. Ha llegado. Se detiene un instante para buscar la llave, mientras que la manzana rueda por el suelo. Presuroso me inclino y la alcanzo a su dueña... Al mismo tiempo recojo una tarjetita que, ella, tal vez intencionadamente, ha dejado caer. Sigo mi camino y leo: "La farruquita Flora, del Eden X". Saco mi tarjeta. Dice: "Fausto Aguilar, del diario X".

"He ahí una analogía que le hará poca gracia a mis directores", me digo. La ciudad ha despertado ya. La luz del sol unge la cima de los edificios. La gente va presurosa. Se respira como una atmósfera de honradez y de limpieza. La manzana de Eva ha quedado en la noche. Satisfizo en su pulpa todos los apetitos de la bestia que acudieron a ella, a fin de que a la luz del día surgiesen incontaminadas las caras que deben ser patenas de honradez. Ahora descansa. Yo también, en el diario en que escribo, con mi pluma, he mentido, calumniado y denigrado. Es necesario que muchos hombres "respetables" se eviten la mancha de una mentira o de una calumnia. Los tranvías pasan tantaneando. La ciudad, bañada por los rayos del sol, se levanta pristina y clara.

At.

El aniversario de la Commune

LA MUERTE DE DELESCLUZE

Atada al eje de un carro, la bandera roja de la Commune flotaba, desafiando con sus heróicos guiños y sus graciosos caracoleos al cielo.

Nosotros, ebrios de rebeldía, enardecidos y ufanos, nos sentíamos invencibles y gallardeábamos ante el enemigo con una audacia escalofriadora.

No muy lejos, considerables fuerzas artilleras emplazaban sus baterías y disponíanse a barrernos a marmitazos.

Tremitantes esperábamos la orden de ataque del jefe de la barricada: un estudiante, un chaval tierno y delicado como una señorita, a quien en otras circunstancias hubiera uno ofrecido tambores o juguetes, o estampitas, pero de una temeridad y un coraje inauditos.

En medio de nosotros, obreros nudosos y troncudos, artesanos solidamente arquitecturados y chapados, aquel barbilindo de dientes de leche, de patitas de verderón, fino y cimbreante como un látigo y con un rayo de vida quebrándose siempre en la piedra azul de sus ojos, hacía un raro contraste.

Ordinariamente el muñeco tenía una voz de plata, blanca, curva y dulce como una caricia. Pero cuando se empeñaba una acción su garganta se rajaba y sonaba con timbre de sonoros aceros.

Era asombroso nuestro joven comandante. Vestía con "chic" insuperable y netamente parisién un gambeto inmemorial, de color murciélago, robado en un panteón a quién sabe qué histórica carroña la noche que en un cuerpo a cuerpo formidable lo habían desnudado a él a bayonetazos.

De pié, a la derecha de la barricada, con la mano en la culata del revólver, el jefe bisoño escrutaba el horizonte estrellado de tiros, negro de pólvora, de balas asesinas, de odios y de humos.

Iba a iniciarse una nueva sarracina, cuando llegó un camarada con una noticia que nos heló y nos petrificó de pavor.

Había este mensajero de desdichas logrado en mal hora atravesar la línea de los versalleses. Venía aspeado, escaldado, con el traje en pingos y con medio cráneo descortezado de un sablazo.

Preguntó quién era el comandante; le señalamos a nuestro joven querubín y sin decir "ahí va" le soltó este petardo:

—¡Delescluze ha muerto!

Luego se sentó en un portal, se enjugó la sangre que le choreaba de la frente partida y se vendó la cabeza con el pañuelo.

¡Delescluze ha muerto! Nos había matado aquel hombre con su triste nueva. Nos había dejado en el sitio con el noción, vacíos de voluntad y de alma. Aquella baja nos dividía por la mitad. Era uno de los mejores el que perdíamos. Era de los insustituibles el desaparecido.

No era ciertamente comunista Delescluze. Pero sí un revolucionario ferviente, un apasionado de la libertad, un fanático y un místico de esa causa del pueblo por la que acababa de sacrificar la vida.

Locos de dolor, nos acercamos al herido y le pedimos detalles del suceso infausto.

— Cuenta, hermano. Te escuchamos todos.

— Comandante — empezó dirigiéndose al jefe — te juro que hemos hecho todo lo posible para evitar la desgracia inmensa. Pero él no nos ha querido atender. Se ha suicidado. Sólo, ha salido de la barricada, con la faja roja al aire y el bastón en la mano. A nosotros se nos ahogaba el corazón de angustia, porque comprendíamos que se estaba haciendo matar. El, sin embargo, marchaba hacia la muerte, imperturbable, sin que le temblara un solo pelo. Erguido, sereno, atravesaba la plaza, de cara a los cañones mortíferos y al plomo que no perdona. "He ahí cómo se muere por una idea!" exclamaban algunos. "¡Ay! Si él cae estamos perdidos: es el fin de París!" añadían otros. Y todos teníamos los ojos inundados. No obstante, los versalleses, presa, acaso, por un momento, de reverencia y horror sagrado, parecieron quererle respetar. Había llegado al medio de la plaza y nada se movía. Solamente él seguía impertérrito hacia adelante, derecho y firme, inexorable en su decisión fatal. De repente una fulguración súbita nos quemó los ojos; una fragorosa descarga retumbó y Delescluze cayó al suelo como talado, como cercenado. Contestamos enseguida nosotros con un gatilleo frenético, con un fuego rabioso. Pero todo era inútil. Delescluze permanecía exánime en mitad de la plaza Su espíritu estaba bien lejos.

Angel SAMBLANCAT

El trabajo, factor de renovación social

Desde el movimiento revolucionario de 1789, que fué, incontestablemente, como la Comuna de 1871, una experiencia saludable para las ideas, porque ellas fueron un terreno ideal de experimentación, los conceptos sociales y filosóficos han chocado, y de tales sucesos ha salido una filosofía negadora de la autoridad. No es que esta concepción sea completamente nueva en su esencia, que esta revelación progresiva del hombre a su verdadero destino: la libertad (todas las manifestaciones revolucionarias se han asignado tal fin) sea cosa sorprendente: es la finalidad lógica de numerosos siglos de investigaciones científicas, filosóficas y sociales que corroborándose entre sí nos condujeron a la nítida percepción de un mundo basado sobre la experiencia científica, sobre la justicia.

Hasta Proudhon, todos los sistemas filosóficos tuvieron la autoridad, la centralización, como principios esenciales. El genial autor de las "Contradicciones económicas" y de "¿Qué es la propiedad?", vino a probar así la imposibilidad de un mundo en que el trabajo es considerado como una decadencia. En las tinieblas en que el espíritu humano estaba sumergido, trazó él profundo surco; ya el campo de la metafísica, en el dominio sociológico, quedaba circunscripto; las ideas debían entrar en su madurez.

Un pensador contemporáneo, cuyo nombre quedará unido a todo sistema autoritario y centralizador, que se proclamará de la revolución en nombre del proletariado: Karl Marx, intentó atraerse todo lo que la filosofía, la moral proudhoniana, había conquistado. El campo de esta lucha fué la primera Internacional. Allí, Bakounine y Marx, adversarios irreductibles por sus ideas contradictorias ensayaron, el uno de convencer, el otro de vencer. Los autoritarios, con procedimientos sospechosos, llevaron el triunfo. Bakounine y sus amigos de la Federación jurasiana fueron expulsados de la Internacional; la anarquía acababa de nacer.

Desconocida ayer, tímida e insegura entonces, con Kropotkine la doctrina toma cuerpo; una filosofía, científica en su esencia, aparece: es el impulso del pensamiento hacia la libertad, hacia la razón; la anarquía se hace sitio y se impone entre las ideas, por su carácter positivo y eminentemente social.

Un siglo apenas de revueltas, de insurrecciones, fecundo en enseñanzas revolucionarias, había bastado para concretar una doctrina que se se justifica a medida que la sociedad se desarrolla y se prueba por sí misma. En su base tiene el Trabajo, la creación por la belleza, es la marcha hacia lo mejor, hacia mayor bienestar; es la afirmación humana hacia la conciencia, la prueba de la perfectibilidad humana.

Realizar esto que está en el dominio de lo posible, necesitaría solamente un poco de buena voluntad.

Los hombres están divididos como adversarios y sólo un factor es capaz de realizar esta unión necesaria para asegurar un mínimun de vida social, es el trabajo. Vamos a verlo en sus diversas fases:

1.o En regimen capitalista;

2.o En su tendencia al ideal y en su fuerza revolucionaria:

a) su moral; b) su filosofía;

3.o Conclusión.

No hay sino una riqueza: el trabajo. Y ninguna colectividad, pudiendo existir sin producir, él es el rescate de nuestra vida: una necesidad.

Establecido esto que nadie podrá negar jamás, llegamos enseguida a comprender que en un régimen en que el valor no es el producto sino una ficción monetaria, que invariablemente es el monopolio y el privilegio de algunos, el trabajo se hace tributario de los poseedores de la materia de cambio en una proporción, no en relación de las necesidades del consumo, sino en razón directa de las necesidades capitalistas, que están ellas mismas en relación con la competencia que se les hace y las obliga a inundar los mercados de productos, de donde provienen las alzas y las bajas, el hambre y la plétora, la producción intensa y el paro, y esto para que la especulación se estabilice hacia un precio mínimo, siendo así que este equilibrio está intimamente ligado a la existencia de la sociedad. Más, quien dice sociedad no quiere decir *el conjunto de habitantes regidos por las mismas leyes*; la sociedad es la cosa propia de los que la administran: que sea voluntaria u obligatoria, ella santifica la esclavización de los gobernados; porque, poniendo cada uno el bien general por encima del individual, abdican en nombre de una entidad de independencia y consagran la usurpación de sus amos por un incomprensible consentimiento general al respeto de las cosas establecidas.

El trabajo nos aparece, pues, al exámen, como un vasto campo de explotación capitalista en el que aquel que nada produce se adueña de la mayor parte, mientras que el productor, aquel cuya actividad consciente es aumentar y hacer fructificar el patrimonio social, no posee nada o casi nada.

Cualquiera que sea el ramo en que se manifieste la actividad social, siempre el trabajo en regimen propietario tiende a reforzar el poder del que domina. El productor, por fuerza o persuasión se ve cerrar la boca cuando quiere exigir su liberación, porque su movimiento de rebeldía debe ser paralizado a toda costa. No puede moverse más que un círculo vicioso mientras la Propiedad exista, porque, si en los conflictos en que se encuentra siendo el más fuerte, lo que le es acordado con una mano le es inmediatamente escamoteado con la otra en forma de impuestos diversos, que alcanzando directamente al consumo, recaen inevitablemente sobre él. Así frustrado en su legítima reivindicación, no le queda más al proletariado que el excepticismo, el disgusto de las reivindicaciones y se envilece hasta el punto de soportar las condiciones que le ofrecen los patrones que, por desastrosas que sean, equivalen para él al pan negro asegurado.

Esta incoherencia fundamental de un tal sistema debe, pues, mostrarse para que la maldición que pesa sobre el trabajo desaparezca, de manera que se establezca la justicia. Es preciso que un nuevo orden teniendo por base el trabajo sea la sóla razón de ser de las futuras sociedades, el que no puede existir más que por la igualdad de condiciones, por la justicia. Esto necesita una refundición total del regimen, la desaparición completa de los medios de cambio presentes, de las organizaciones políticas, etc.,... en una palabra, todo lo que es extraño a la producción.

No se puede negar que la riqueza de un país — la que posee un valor de cambio en regimen propietario — se encuentra en las manos de una ínfima minoría; el Estado, no poseyendo nada, acreedor insolvente, tiene un presupuesto que se eleva a cero además de la deuda pública. Sus títulos de renta siendo su sola garantía, garantía en posesión casi exclusiva de los grandes financistas e industriales, se comprende facilmente que el Estado no tendrá gran cosa que rehusar a los que podrían producirle la bancarrota; y, estos gordos tiburones de los negocios, teniendo interés en disimular su verdadero papel, tienen también necesidad del Estado para abrigar sus viles combinaciones, por lo que se establece la misma proporción de reciprocidad entre ambos: hay, pues, identidad de intereses de una parte y otra y finalmente la política es la eterna devoción de los negocios, porque sin ella los grandes financieros no tendrían razon de existir.

Así, los representantes populares, soberanos por el sufragio universal, llegan a defender la Propiedad y su *sociedad*, contra los representados, contra el proletariado.

No solamente la finanza se hace soberana por el Estado, sino que además éste desarrolla de tal modo el parasitismo que tiende a absorber todas las fuerzas vivas de un país y esto a tal punto que la producción indispensable para asegurar la alimentación de una nación corre serios peligros: para el verdadero productor es el trabajo forzado y así la sociedad se transforma en un horrible penal, en el que la miseria del proletario crece en razón directa del desarrollo del Estado.

Junto a un tal sistema, no recibiendo dichosas influencias, del hecho de esta cruel domesticación, el individuo es un paria a quien los antros de producción proporcionan una existencia degradante. Se mecanizó, se hizo función de la máquina que dirigía. El trabajo en serie, condición de rendimiento en la producción industrializada, ha hecho de él un mecanismo bien montado, cuya sola función consiste en ejecutar los mismos gestos. No más trabajo, en la mayor parte de las especialidades, que necesite reflexión, es la especialización llevada al supremo grado, la inteligencia hecha inútil, la atrofia fatal del pensamiento, la idiotización del individuo por la monotonía del trabajo estúpido que no puede interesarle. Así, trabajar resulta un servicio penoso, un martirio, un castigo; la vista no se separa del reloj, cuyas agujas parecen inmóviles y hacen tanto más dolorosas las horas que se pierden, derrochadas en un esfuerzo estéril.

La parte moral del trabajador no tiene, en esta inacción mental, la ocasion de desarrollarse. Atado a su máquina — por la esclavitud económica — como un forzado a su grillete, está pronto a todas las bajezas, deja de ser un hombre para convertirse en un bruto.

"¡Producción intensa! grita el capitalismo. Hacer producir al trabajador, obligarle hasta matarlo!..." He aquí lo que ha encontrado este régimen infame, que ha llevado hasta el último extremo su especulación sobre el hambre del pobre, que cuando ella le empuja no duda, por así decir, jamás, en soportar las condiciones draconianas del amo, aunque sea con la rabia en el corazón. Ya no tiene valor; considerado como una simple máquina que se hace marchar a voluntad, es una cantidad despreciable de la que no se hace cuenta y cuyos servicios se remuneran irrisoriamente durante su capacidad productora. ¡Qué importa si en período de paro puede caer de hambre! No hay tal preocupación, porque este es su orden.

Proscripto, envilecido, tal es su condición. Magullado por una máquina de que es el artesano, no se apercibe, después de varios años de soberanía electoral, que su vida es siempre tan miserable. Cree en el Mesías como el religioso en su Budha: ve en el *buen Parlamento* un mejoramiento posible a su suerte y, como la alondra se deja agarrar por el espejo del cazador, él se deja engañar por las futilezas de aduladores que explotan el campo de su ignorancia y de su credulidad.

Desconcertado, inapto, en estas condiciones, a determinar las causas de su esclavitud, su reflexión no llega a discernir la duplicidad de unos y la impostura de otros, baja la cabeza y sufre. Desconociendo lo que le rodea, cae en un amorfismo que los charlatanes se aprestan a explotar: su decaimiento, su miseria, sancionan su ignorancia y la razón del verdugo. Por no saber osar, muere y es condenado a no saber jamás algo.

(*Seguirá en el próximo número*)

Bernard ANDRÉ.

PAGINA DE ARTE

Estudio sobre el dadismo

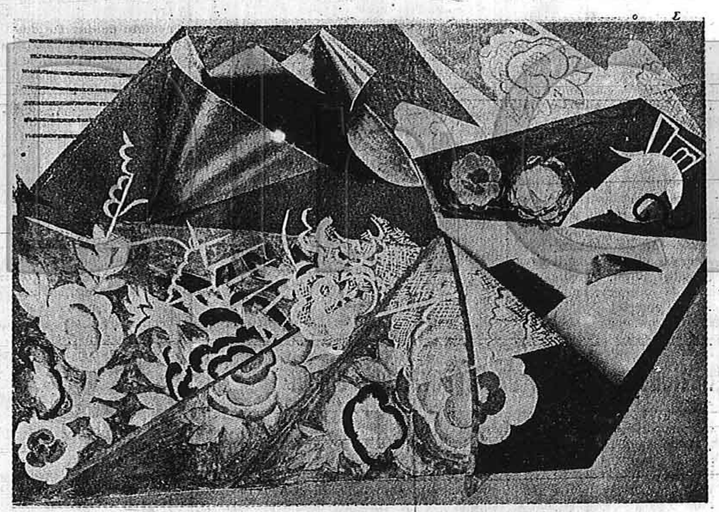
Es un arte eminentemente burgués. — Producto fatal de un estado de cosas no es la obra voluntaria de algunos individuos.—Siendo la burguesía la expresión de cierta tendencia humana, cuyo objetivo es gozar bestialmente de las realidades materiales, el dadaísmo corresponde a las postrimerías de esa tendencia.—Sinceridad e impotencia absoluta constructiva de los dadaístas.—El movimiento Dada considerado como uno de los síntomas más peculiares de descomposición de la presente sociedad.

La única certidumbre que poseen los dadas es la exasperación de la concepción burguesa de la obra de arte, esencialmente individualista, reservada solamente para algunos iniciados.—Sus cerebros se hallan emponzoñados por un delirio sexual y una fiebre escatológica.—Después de haber descubierto los aparatos genitales de uno y otro sexo, han creído encontrar una fuente de "inspiración instintiva" en el ano y los subproductos intestinales.—Su incoherencia disculpada de antemano por el lema "siempre seremos contradictorios".—La reclame Dada y los cuantiosos capitales de que dispone.—Revistas y exposiciones dadaístas.—Su terror al silencio y su terror a las afirmaciones.

Cuando aquellos que provocarían el movimiento Dada, producían aisladamente, bajo la sola responsabilidad de su patronímico individual, nada se sabía en lo que podríamos llamar círculos avanzados. La opinión, que es también una neurosis colectiva, no se había aún cristalizado bajo la influencia de elementos desperdigados. Pero desde el día en que la "etiqueta" Dada fué adherida a un conjunto de producciones, todo cambió. Lo que era invisible se hizo evidente. Lo que era conocido por algunos, lo fué para todos. La prensa que no concediera cuatro líneas a un individuo dada, puso sus columnas a disposición del nuevo grupo. Los salones mundanos y diplomáticos, donde se fabrican las "estrellas" del mundo espiritual parisiense, siguieron con ansiedad el desarrollo del asunto Dada. Los profetas de la Sociedad — compréndase los artículos parisinos que monopolizan el espíritu francés — palidecieron de angustia al no poseer certidumbre alguna sobre el devenir de este nuevo pretendiente a ser vanguardia de las ideas modernas.

No hay que extrañarse, entonces, que la mayor parte de los artículos informativos, escritos sobre el asunto Dada, demuestren una incapacidad notoria para darse cuenta de su significación. Se trata a los dadas de fumistas, de ignorantes, de cretinos, se les acusa de hacerse la reclame a priori. Pero ningún esfuerzo para penetrar hasta lo fundamental, ningún deseo de comprender un poco más allá que las apariencias. Solamente un artículo de Lenormand dió prueba de cierta clarividencia, desdeñando todo excepticismo y buscando realmente la clave de ese misterio sobre un terreno lógico. Empero, su escaso conocimiento de los individuos dadas, hizo que sus argumentos fueran incompletos. Vió a los dadas de lejos y trató con ellos por correspondencia. Es por eso que vale la pena ampliar el debate, mediante un examen particular de los elementos dominantes.

Procedamos con orden. Relacionemos las agitaciones Dadas con la época. Sentemos como premisa indiscutible que nos hallamos hoy en el vértice de la historia humana, donde innumerables caminos se bifurcan. En todos los países, una jerarquía, la jerarquía burguesa-capitalista se desmorona, pierde pie, impotente para reafirmarse en los estribos y guardar las riendas del poder. Los acontecimientos son más fuertes que los hombres y los hombres son proyectados en todos sentidos sin comprender gran cosa de lo que sucede. Los partidos políticos, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, continúan acusándose de todos los crímenes. Ellos no comprenden que la responsabilidad es una vana palabra, cuando se trata del hombre y de fuerzas superiores, que aún se escapan a las investigaciones científicas, y que tienen una influencia mucho mayor sobre la especie, que cualquier pretendida voluntad particular. Además, esa jerarquía burguesa que ha organizado el sistema económico sobre un plan material, no ve más que sus intereses de clase amenazados.



Gontscharowa. — DANZA ESPAÑOLA — *Obra típica de ese "revolucionario" exterior. Falta de claridad y exceso de cerebralismo; la finalidad del esfuerzo no concurre a la expresión de un sentimiento sino al de un aspecto singular, imprevisto y desconcertante.*

Se encuentra de tal modo impotente, que ya ni siquiera le es posible imaginar un nuevo sistema á sopapa para oponer contra la presión sorda que aumenta en los bajos fondos de su organismo. Al contrario, cada día comprime un poco más esa presión, cuyo máximo de elasticidad ella ignora presentemente.

Sobre el plan material, esa jerarquía burguesa ha muerto ya: lo único que da señales de vida, en la hora actual, es la descomposición de su cadáver. Los movimientos de los cuales parece dotado, es nada más que el bullir de los gusanos, ocupados en devorarlo; los resplandores que impiden ser completa a la noche, son las fosforescencias conocidas con el nombre de fuegos fátuos.

Precisemos un punto. No hay que entender jerarquía burguesa a través del prisma demagógico. El afán de clasificar y rotular, ha creado equívocos entre las diversas apariencias. Los demagogos, por su parte, se han aprovechado de estos equívocos para asegurarle a los de abajo que ellos nada tienen de común con los de arriba. ¿Hicieron esto por razones de táctica y estrategia de lucha? Es posible. Pero si no fuera así, si ingenuamente creyeran en la veracidad de ese postulado, peor para ellos. Porque la burguesía no es más que la expresión de cierta *tendencia humana*, — demasiado humana, — cuyo objetivo es *gozar bestialmente de las realidades materiales*. Y como el sistema de repartición de la riqueza, — concepción de orden económico — está basado sobre el dinero, es al dinero al que pertenecen los bienes de este mundo. En la marea humana, aquellos que tienen el poder del dinero, se hallan en lo alto, los que no lo poseen, y sin embargo anhelan poseerlo para los mismos fines, se encuentran abajo. De modo que el espíritu burgués no es la característica de una categoría especial sino del conjunto. El último recolector de puchos, tiene las mismas veleidades que el financista que hace la paz y la guerra: lo único que los separa es una simple cuestión de realizaciones.

Lo que determina el hundimiento de todo el organismo social, es la desvalorización de la base monetaria, por una parte, y la escasez de productos por la otra.

Lo ineluctable del cataclismo aparece así en toda su claridad. Nada hay de ideológico. Desde el punto de vista de la conciencia humana, se trata vulgarmente de una cuestión de estómagos y de una exasperación del deseo de gozar. Es el fenómeno fácil de constatar en todas las clases de esta sociedad en descomposición. Un impulso irrefrenable hacia la satisfacción de todos los deseos físicos y ningún medio para reconstruir, organizar.

Este materialismo desbordante, que caracteriza tan peculiarmente esta sociedad burguesa, había de impedir naturalmente que se tomara con alguna seriedad lo que corresponde al plan espiritual; siendo los valores del espíritu los que menos podían pesar en un régimen donde la palabra espiritualidad es sinónimo de algo ligero, pimpante, sin importancia y sin mayor trascendencia.

Ahora bien; comparando a la podredumbre del plan material con la del plan espiritual, es como se comprenderá exactamente el movimiento Dada. Hasta diremos que es más fácil seguir el proceso de ese movimiento que el de la crisis material. Su organismo es más simple que el organismo de las fuerzas materiales.

Al cuerpo material de la burguesía, que finaliza su descomposición, corresponde la descomposición de los valores espirituales de esa jerarquía. El cuerpo material se vuelve al polvo, el espíritu a la nada. El movimiento Dada no es la obra voluntaria de algunos individuos. Es el producto fatal de un estado de cosas. No se trata entonces de acusar a los dadaístas de carecer de sinceridad. Y si hemos de atenernos a la concepción corriente que nos hacemos de la inteligencia, diremos que los principales líders del movimiento son hasta muy inteligentes. Ya no son jóvenes, lo que debería inducirnos a no desconfiar de la honorabilidad de sus intenciones.

Ellos son los productos genuinos de la gran burguesía, y ya sabemos que la riqueza nos pone en posesión de los bienes de este mundo para goce de nuestros sentidos. No se puede, pues, hacerlos responsables de su nacimiento; ni de que el medio en el cual se desenvolvieron, los haya herido irremediablemente.

Inteligentes, ellos anhelaron no solamente la posesión de los bienes materiales, sino también los valores del espíritu. La gran burguesía se siente halagada en descubrir entre los suyos un hombre suficientemente inteligente, capaz de interesar su intelecto por algún tiempo. Desde Edmundo Rostand a los dadaístas no hay un abismo, como se pretende hacer creer. Siempre es la palabra, el verbo y la misma desnutrición mental. Los mismos que se encandilaron ante los juegos feéricos de Rostand, tienen ya un pie en el estribo de la carreta dadaísta.

Ahora bien, en el desarrollo del espíritu dada, se encuentra, en origen, la utilización hábil de valores espirituales antes combatidos y hoy a la moda. Antecierto nuevos impulsos hay una revelación brusca de cosas conocidas.

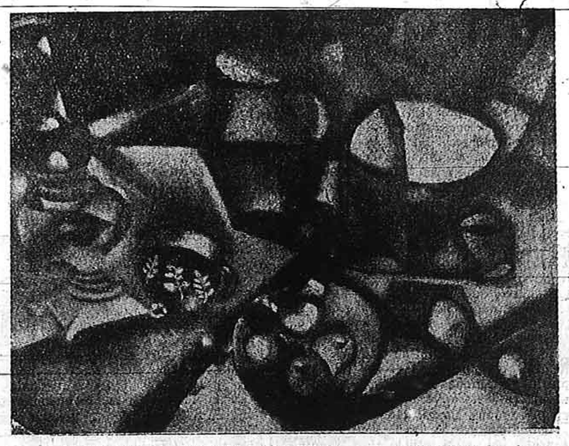
A la sucesión de diferentes estados psicológicos, se siguen igualmente una sucesión de estados patológicos. El abuso de los goces en todos los órdenes, conduce al rebuscamiento artificial de las sensaciones, al alcohol, a los alcaloides y a las excitaciones estupefaccientes. Resultado: la pérdida total de todo contralor sobre el organismo físico. Antes de llegar a ese estado, ¿qué síntomas presenta el individuo? Inteligencia ágil, pronta a catalogar sensaciones, sensibilidad no muy aguda, *savoir faire*, pero nada que revele un temperamento constructor latente. Durante ese estado y después, se tiene la ilusión de hallarse libertado de las leyes físicas que nos rigen. En la hipnosis de los alcaloides, esto es muy conocido; pero que esta ilusión se prolongue después de la crisis, es ya grave. La imposibilidad de construir, de organizar cualquier cosa, no teniendo ni siquiera el más oscuro presentimiento, indujo a los veedores superficiales de las manifestaciones "dadas", a decretar que éste no existía y que sólo se trataba de gesticulaciones, enmascaradas por el instinto.

Pero el instinto, aparentemente, es un orden psíquico que necesita ser traducido para obtener su ejecución precisa. En el reino vegetal, o en los animales inferiores, viviendo el estado salvaje, orden, traducción, ejecución, son simultáneos, manifestándose el instinto libre de toda traba. Entre los animales domésticos, y en el hombre, atiborrado de nociones, esta simultaneidad jamás se produce. Se necesitan circunstancias excepcionales para que el instinto se liberte de las contingencias. El desorden de las convenciones humanas de orden práctico, no significa de ningún modo una manifestación instintiva. Inadecuadamente se atribuiría al instinto ese desorden de valores, y, por eso, fué atribuído a lo que hemos dado en llamar, sin mucho acierto, el "instinto de destrucción", el cual corresponde a un estado crepuscular.

Las producciones, en las diferentes etapas del desarrollo humano no pueden ser instintivas. Durante las indagaciones, frecuentemente lo intuitivo desempeña un gran rol, pero únicamente adquiere significación por el orden constructivo con que se expresa. Pretender encontrar el instinto en todas las cosas, por principio y sistema, es como si una persona adulta quisiera hallar en sí los primeros días de su vida. Un individuo ha recaído en una *nueva infancia*, lo que quiere decir que ha perdido todos los medios de contralorearse a sí mismo, y ya no hay en él posibilidades de organización y de construcción. Si se pretenden hallar analogías entre los vagidos de un recién nacido y las chocheces de un viejo, si hay quien puede confundirse sobre la similitud de estas manifestaciones, es que se ha perdido toda noción capaz de valorar y distinguir. He ahí lo que es el dadaísmo. Una vuelta a la infancia, pero con todas sus taras y degeneraciones. Una puerilidad negativa.

Cabe, pues, repetir que los líderes dadas son inteligentes. Entre ellos algunos poseen una vasta cultura y no carecen de cierta fineza, de la cual, desde luego, abusan. Igualmente están dotados de sentido crítico. Estas dos cualidades les han mantenido al lado de las buenas tendencias, pero la ausencia total de posibilidades constructivas, o, si quiere, de facultades creadoras, los ha mantenido en el equívoco de esas tendencias. Sus obras aparecen siempre como un rostro borroso cuyas líneas arquitecturales fueron incapaces de concebir. Tropezando con el señuelo de las escuelas de vanguardia, inauguraron la era de las manifestaciones subconscientes. Sin embargo, esta inteligencia, esta finura y este sentido crítico, no pueden ser tomados como factores suficientes para concederles una plena responsabilidad.

GLEIZE.



M. Chagal — NATURALEZA MUERTA — *El "análisis" de las formas esenciales y la "compenetración de los planos" ha conducido al autor a la realización de una obra que suscita curiosidad y asombro pero no emoción.*

TEATRO

¿Cuáles son las causas de su actual decadencia? Es, sobre todas, el mercantilismo. Al escribir una pieza teatral, el autor quiere hacer un negocio, y en lo posible, un buen negocio.

Harpagón proclama que es necesario comer para vivir y no vivir para comer. Hoy los poetas no viven para escribir, escriben para vivir. No escriben solamente por el placer de crear; ejercen una profesión y tratan de hacerla lo más lucrativa posible...

El control, los acomodadores, los asientos, las galerías, las luces, los telones, las obras en tres o un acto, los boleteros y los revendedores, la agencia perceptora que es la Sociedad de Autores, todo esto no es el arte teatral. El teatro no es un comercio, el teatro no es solamente una distracción para desocupados, el teatro, donde muchedumbres se entusiasman, es una religión fraternal.

¿Qué fuerza no ejecutará en la vida de la nación cuando los escritores comprendan su verdadera misión, que es la de hablar a todo el pueblo, que es la de producir obras accesibles a todos. No se hace nada grande sin el pueblo. El pueblo solamente es humano. Todo viene de él, todo debe volver a él. — *GEMIE*

BIBLIOGRAFIA

Mi Comunismo — Sebastián Faure.

El anarquismo ¿es idea de crítica, de lucha y de oposición, perenne y sistemática, contra todos los sistemas de vida, contra todas las organizaciones económicas de la sociedad o es, en cambio, una concepción social, de realizaciones prácticas y positivas, fundada en la equidad, el amor y el bien?

Uno de los puntos sobre los cuales insisten más nuestros detractores, los adversarios morales y personales del anarquismo, para demostrar la invalidez de nuestras teorías, es la supuesta incapacidad de realización, de estructuración moral y económica, de las cuales, dicen, adolecemos los anarquistas.

Los adversarios más irreductibles de nuestras ideas reconocen en el anarquismo sus méritos como idea de crítica a las instituciones políticas, religiosas y económicas de la sociedad, pero, no así en la parte constructiva del sistema, en la posibilidad de materialización de nuestras doctrinas, por razones atingentes, no sólo a la imprevisión de nuestros métodos y de nuestros conceptos de vida sino también por defectuosidades o imperfecciones de la especie, las cuales sino son imputables a nuestras ideas constituyen, no menos, un obstáculo al libre y voluntario desarrollo de una sociedad de productores sin otras leyes ni sanciones que las emanadas del propio consenso.

Las ideas, calesquiera que sean sus postulados, tiende, inevitablemente, a realizarse impulsando a los hombres por los senderos anhelados de su real y positiva objetividad. Una idea que no contara en sus atributos, en sus nobles predicados, con la esperanza de verse un día trocada en hechos reales sería una idea de perspectivas bien tristes, de sugestiones insignificantes, ya que se hallaría imposibilitada para descender de las zonas del espíritu al terreno de las objetividades que es en donde se experimentan y comprueban sus inmediatas consecuencias.

A raíz de la convulsión social que en estos últimos años ha sufrido el mundo los enemigos del anarquismo han extremado la nota en el sentido de pedir a los anarquistas un plan de transformación y de reorganización social de la vida humana en sus relaciones morales y económicas de individuo a individuo y de pueblo a pueblo.

Respondiendo a esta necesidad, a este deseo, no ya de los anarquistas sino de los no anarquistas, el apóstol del comunismo anárquico, el gran teórico del anarquismo, Sebastián Faure, ha escrito una de las obras más maravillosas, más bien pensadas y escritas que existen en nuestra bibliografía constructiva.

Esta obra anarquista, que la Editorial LA PROTESTA ha traducido al castellano y que acaba de poner en circulación, es uno de los ensayos de vida libre más afortunados y felices que se hayan escrito hasta la actualidad.

La superabundancia de léxico y de las imágenes que son privativas del grande escritor y elocuente tribuno anarquista dan, a las páginas de "Mi Comunismo", una magnificencia y un constante y sostenido interés que cautivan y fascinan la inteligencia del lector.

Tomando por base de estudio el actual momento político y psicológico del pueblo francés, Sebastián Faure nos hace asistir al estallido de la Revolución Social en la capital de Francia y en breves conceptos, llenos de emoción y de razonada posibilidad, nos conduce, suave y dulcemente, a través de las jornadas gloriosas de la revolución, durante las cuales vemos como se hunde el mundo viejo, la sociedad autoritaria y capitalista, a la vez que surge espontánea y radiante la sociedad bienhechora del porvenir.

Todos los problemas, todas las fases por las cuales puede pasar una revolución en su período demoledor y constructivo son resueltos por el teórico del comunismo con el más feliz de los optimismos.

No hay, en este libro que comentamos, puntos negros, horizontes oscurecidos por la maldad humana y todo transcurre, se desenvuelve y explica, por la ley de la razón.

Las dificultades más grandes que una población tan inmensa como la de Francia pudiera tener, dadas sus miras, sus creencias y conceptos contrapuestos, hallan fácil solución en el espíritu creador y expeditivo del maestro.

El Estado y sus formidables medios de dominación; sus ejércitos, sus arsenales y sus policías, el Parlamento, el senado, las cárceles, el capitalismo, con sus bolsas y sus bancos, desaparecen casi sin resistencia aventados por el huracán revolucionario que, dicho sea en su honor, y en oposición a todas las revoluciones históricas, realiza esta maravilla sin el menor derramamiento de sangre. Y si para destruir el régimen burgués lo oprobio y tiranía la revolución no ha debido ejecutar grandes esfuerzos, ni tampoco cruentos sacrificios, menos aún vese obligada a efectuarlos al poner en marcha la nueva vida, la nueva función social del comunismo, por cuanto todas las exigencias de la producción son llenadas voluntariamente por la casi totalidad de los habitantes de Francia.

Los problemas más fundamentales de la hora presente, en su aspecto interior y exterior; el antagonismo manifiesto entre la moral del hombre de la ciudad con el del campo; la congestión en los grandes centros de población como París y Burdeos; el problema de la habitación, del trabajo y circulación y distribución de los productos, como así el de la alimentación común, individual o familiar; el problema del vestido, de la música y del arte, lo mismo que el de la educación, el aprendizaje, la familia y el amor, son solucionados en este libro maravilloso que tiene la propiedad de alumbrar los senderos del porvenir para el día siguiente de la revolución.

Nada de violencias, nada de imposiciones, menos aún de dolor. Hasta los trabajos más pesados y antihigiénicos son realizados por los comunistas siguiendo un principio de placer que es el acento más pronunciado de este prodigioso libro.

El contraste, inseparable hasta hoy de nuestra vida, en todo lo que es manifestación orgánica de nosotros mismos, queda proscripto del nuevo mundo porque ello era un producto del régimen burgués.

El problema de los vagos, de esos seres enfermos e improductivos, que viven diseminados en esta sociedad capitalista, constituyendo una de las vergüenzas más grandes de la especie, se soluciona también por imperativos razonables de la dialéctica sostenida entre dos protagonistas de la obra; el viejo y convencido de Claudet y del neófito Pierre.

No hay sombras, no hay obstáculos, no hay dudas ni escollos, en este hermoso y poético libro de Faure y todo halla solución adecuada entre las relaciones de la Comuna con la Región de las cuales sale un armonioso conjunto sintetizado en una Francia libre y feliz.

Pero, no obstante esta característica predominante del libro, sus cuadros y sus paisajes humanos de felicidad universal, diremos que en él no se halla contenida ni encerrada la realidad moral y económica del porvenir en su eterna extensión. Que sería vano empeño un intento de tal naturaleza por no importa qué escritor, en no importa cuál libro.

Y así parece entenderlo el mismo Sebastián Faure al dar por título a su libro, "Mi Comunismo", sin duda para dejar bien sentado, en esta expresión, que son estos los anhelos, los deseos de su alma, como asimismo los conceptos morales de su espíritu ecuánime, altruista y fecundo.

Cualesquiera que sean las opiniones encontradas y los pareceres diversos que los anarquistas tengamos sobre cómo debe organizarse la sociedad libertaria, nos vemos obligados a reconocer que "Mi Comunismo" es uno de los mejores libros de tesis constructiva con que cuenta la ideología anarquista y que deben leer y conocer todos los compañeros, lo mismo que los simpatizantes y afines con el pensamiento anarquista.

CRITON.

La rebelión de Kronstadt

Por ALEJANDRO BERKMAN

Como la existencia legal del Soviet de Kronstadt llegaba a su término, la reunión de la brigada decidió convocar una conferencia de delegados para el 2 de marzo a fin de discutir el modo según el cual deberían celebrarse las elecciones.

La conferencia se comprendía de los representantes de los navíos de guerra, de la guarnición, de las diferentes instituciones soviéticas, de los sindicatos y de los talleres, — siendo cada organización representada por dos delegados.

La conferencia se tuvo el dos de marzo en la Casa de Educación (anteriormente Escuela de Ingenieros de Kronstadt); tomaron parte en ella trescientos delegados entre los que se encontraban también comunistas.

La reunión fué abierta por el marinero Petritchenko, se eligió una presidencia de cinco miembros. La cuestión principal a resolver por los delegados concernía a las nuevas elecciones del Soviet de Kronstadt, que debían verificarse pronto y a los principios más equitativos sobre los cuales deberían celebrarse. La reunión debía también que poner en práctica las resoluciones adoptadas la víspera y considerar los mejores medios para ayudar al país a salir de las condiciones lamentables creadas por el hambre y por la falta de calefacción.

El espíritu de la conferencia era claramente sovietista; Kronstadt exigía los Soviets libres de toda intervención y de todo partido político; quería Soviets independientes que fueran el reflejo verídico de las aspiraciones de los obreros y campesinos y que expresaran su voluntad. La actitud de los delegados era antagónica al régimen arbitrario de los comisarios burocráticos, pero simpática hacia la orientación del partido comunista como tal. Eran partidarios abnegados del *sistema* de los Soviets y sinceros en su deseo de encontrar, amistosa y pacíficamente, una solución a estos problemas candentes.

El comisario de la flota del Báltico, Kusmin, fué el primero en tomar la palabra. Hombre más bien de energía que de juicio, no apercibió absolutamente la gran importancia del movimiento. Estuvo lejos de ponerse a la altura de la situación; no sabía como atraerse los corazones y los cerebros de estos hombres tan sencillos, de los marineros y de los trabajadores que han hecho tantos sacrificios a la revolución y que estaban extenuados hasta la desesperación. Los delegados habían venido para entenderse con los representantes del gobierno. Pero en lugar de ese espíritu conciliador, el discurso de Kusmin demostró ser una antorcha ardiente lanzada sobre pólvora. Indignó a la concurrencia por su arrogancia y su insolencia. Negó los desórdenes obreros en Petrogrado, declarando que la ciudad estaba tranquila y que los obreros estaban satisfechos. Alabó el trabajo de los comisarios, puso en duda los motivos revolucionarios de Kronstadt, y habló de los peligros que amenazaban por la parte de Polonia. Llegó hasta proferir insinuaciones indignas y a rugir amenazas. "Si queréis la guerra abierta, concluyó Kusmin, la tendréis, porque los comunistas no aflojarán las riendas del gobierno. Lucharemos hasta el fin."

El discurso provocativo y desprovisto de tacto del comisario de la flota del Báltico sirvió para insultar y ultrajar a los delegados. El discurso del presidente del Soviet de Kronstadt, el comunista Vassilieff, que había despues de Kusmin, no causo ninguna impresión: fué impreciso y sin merito. Cuanto más se desarrollaba el mitin, más francamente antibolchevique se tornaba la actitud general. Y sin embargo, los delegados esperaban llegar todavía a entenderse con los representantes del gobierno. Pero se advirtió enseguida, decía el informe oficial (1), que "no podíamos tener confianza en nuestros camaradas Kusmin y Vassilieff y que se había hecho necesario aislarlos temporalmente, sobre todo porque los comunistas están en posesión de las armas y nosotros no tenemos acceso a los teléfonos. Los soldados tienen miedo a los comisarios, de lo cual tenemos la prueba en la carta leída en la reunión de la guarnición."

Kusmin y Vassilieff fueron entonces alejados de la reunión y arrestados. Un rasgo característico del espíritu de la conferencia está en el hecho de que una moción que pedía el arresto de los demás comunistas presentes fué rechazada por inmensa mayoría. Los delegados sostenían que los comunistas debían ser considerados igualmente que los representantes de las otras organizaciones y debían gozar de los mismos derechos y respetos. Kronstadt estaba siempre resuelta a hallar alguna base de reconciliación con el partido comunista y con el gobierno bolcheviqui.

Las resoluciones del 1.o de marzo fueron leídas y adoptadas con entusiasmo. En ese momento se animó y excitó vivamente al declarar un delegado que los bolcheviquis iban a atacar la reunión y que quince camiones de soldados y de comunistas armados de fusiles y ametralladoras, habían sido enviados con ese fin. "Esta información, continúa el informe del *Izvestia*, promovió un profundo resentimiento entre los delegados. La investigación hecha demostró que el informe carecía de todo fundamento, pero persistían los rumores de que un movimiento de *kursanti*, con el famoso tchekista Dukin a la cabeza, marchaba ya en dirección al fuerte de "Krasnaya Gorka". En vista de estos nuevos acontecimientos y el recuerdo todavía reciente de las amenazas de Kusmin y de Kalinin, la conferencia se dedicó inmediatamente a organizar la defensa de Kronstadt contra el ataque bolcheviqui. El tiempo apremiaba y se decidió transformar la presidencia de la conferencia en un Comité revolucionario provisorio que tenía por deber mantener el orden y la salvaguardia de la ciudad. El Comité debía emprender también los preparativos necesarios para celebrar nuevas elecciones al Soviet de Kronstad.

III

La campaña bolcheviqui contra Cronstadt.

Petrogrado estaba en estado de tensión nerviosa. Estallaron nuevas huelgas y se difundían rumores persistentes respecto de desórdenes obreros en Moscú y de rebeliones agrarias en el este y en Siberia.

En vista de la falta de prensa en la que se hubiese podido confiar, la población prestaba oído a los rumores más exagerados y más transparentemente falsos. Todas las miradas se habían vuelto hacia Kronstadt en espera de importantes sucesos.

Los bolcheviquis no perdieron un instante en organizar su ataque a Kronstadt. Ya el dos de marzo el gobierno había publicado una orden firmada por Lenin y Trotzky, denunciando el movimiento de Kronstadt como un motín, una rebelión contra las autoridades comunistas. En ese documento los marineros fueron acusados de ser los "instrumentos" de antiguos generales zaristas que, junto con los social-revolucionarios traidores han preparado una conspiracion contrarrevolucionaria contra la república proletaria."

El movimiento de Kronstadt fué calificado por Lenin y Trotzky como "la obra de intervencionistas de la Entente y de espias franceses". —"El 28 de febrero, dice la orden, los marineros del *Petropavlovsk* han aprobado resoluciones que exaltan el espíritu de los cien negros. Después aparecio en escena el grupo del antiguo general Kozlovsky. El, y tres de sus oficiales, cuyos nombres nos son todavía desconocidos, han asumido abiertamente la direccion de la revuelta. La explicación de los últimos acontecimientos, por tanto, se hace coincidente. Detrás de los socialistas revolucionarios se encuentra de nuevo un general zarista. Tomando todo esto en consideración, el Consejo del trabajo y de la Defensa ordena: 1) declarar al antiguo general Kozlovsky y a sus partidarios fuera de la ley; 2) promulgar el estado de guerra en la ciudad y en la provincia de Petrogrado; 3) poner el poder supremo de todo el distrito de Petrogrado en manos del Comité de defensa de Petrogrado."

Había, en efecto, en Kronstadt un exgeneral Kozlovsky. Fué Trotzky el que lo estableció allí como especialista artillero. No desempeñó en absoluto ningún papel en los acontecimientos de Kronstadt, pero los bolcheviquis explotaron con habilidad su nombre para denunciar a los marineros como enemigos de la república sovietista y su movimiento como contrarrevolucionario. La prensa oficial bolcheviqui comenzó entonces su campaña de calumnias y de difamación contra Kronstadt como el nido "de la conspiración blanca dirigida por el general Kozlovsky"; los agitadores comunistas fueron enviados a los obreros de las fábricas y de los talleres de Petrogrado y de Moscú a fin de llamar al proletariado a "asociarse al soporte y a la defensa del gobierno de los obreros y campesinos contra la rebelión contrarrevolucionaria de Kronstadt".

Lejos de tener el menor contacto con generales y contrarrevolucionarios, los marineros de Kronstadt rehusaron la ayuda del propio partido socialista revolucionario. El jefe del partido, Victor Tchernoff, que estaba entonces en Reval, intentó influenciar a los marineros en favor de su partido y de sus reivindicaciones, pero no recibió ningún aliento del Comité revolucionario provisorio. Tchernoff transmitió el radiograma siguiente a Kronstadt (2):

"El presidente de la Asamblea Constituyente, Victor Tchernoff, envía sus saludos fraternales a los camaradas marineros heróicos, a los soldados rojos y a los obreros que, por tercera vez después de 1905, rompen el yugo de la tiranía. Les ofrece su ayuda para el envío de refuerzos y de aprovisionamientos a Kronstadt por intermedio de las cooperativas rusas en el extranjero. Informadnos de lo que os hace falta y de la cantidad necesaria. Estoy dispuesto a ir en persona a dar mis energías y mi autoridad al servicio de la revolución del pueblo. Tengo fe en la victoria final de las masas laboriosas... ¡Honor a los que son los primeros en levantar la bandera de la liberación del pueblo! ¡Abajo el despotismo de la izquierda y de la derecha!"

El partido socialista revolucionario envió, al mismo tiempo, el siguiente mensaje a Kronstadt:

"La delegación socialista revolucionaria en el extranjero..., ahora que la copa del pueblo enclorizado desborda, ofrece ayudar por todos los medios a su disposición en la lucha por la libertad y por el gobierno popular. Informadnos de la ayuda que necesitáis. ¡Viva la revolución del pueblo! ¡Vivan los Soviets libres y la Asamblea Constituyente!"

El Comité revolucionario de Kronstadt declinó el ofrecimiento de los socialistas revolucionarios. Envió la siguiente respuesta a Victor Tchernoff:

El Comité revolucionario de Kronstadt expresa a todos sus hermanos del extranjero su profunda gratitud por su simpatía. El Comité revolucionario provisorio agradece al camarada Tchernoff su ofrecimiento, pero se abstiene por el momento, es decir, hasta que los próximos desenvolvimientos aclaren más la situación. En tanto, todo será tomado en consideración."

Petritchenko, presidente del Comité revolucionario provisorio.

La campaña de insinuaciones continuó, no obstante, en Moscú. La estación T. S. F. de Moscú envió el 3 de marzo el siguiente mensaje al mundo (algunos pasajes son indescifrables a causa de la intervención de otra estación): ... "que la revuelta armada del ex general Kozlovsky ha sido organizada por los espías de la Entente, como ha sucedido en numerosos complots precedentes, se hace evidente por el periódico burgués francés *Le Matin* que, dos semanas antes de la revuelta de Kozlovsky publicó el siguiente telegrama de Helsingfors: "Como resultado de la reciente rebelión de Kronstadt, las autoridades militares bolcheviquis han tomado medidas a fin de aislar a Kronstadt e impedir que los marineros y los soldados de Kronstadt se acerquen a Petrogrado." Es evidente que el motín de Kronstadt ha sido preparado en París y organizado por el servicio secreto francés. Los socialistas revolucionarios, controlados y dirigidos ellos también desde París, tramaron estas rebeliones contra el gobierno sovietista y apenas sus preparativos fueron completados, el verdadero amo, — el general zarista — hizo su aparición."

El carácter de las otras numerosas informaciones enviadas por Moscú puede ser juzgado por el siguiente radio:

"Petrogrado está tranquilo y en calma, y aún las fábricas en que habían sido ultimamente lanzadas acusaciones contra el gobierno sovietista comprenden ahora que todo era obra de provocadores. Comprenden a donde les llevaron los agentes de la Entente y de la contrarrevolución.

"Justamente en el momento en que en América asume de nuevo las riendas del gobierno el partido republicano y se muestra inclinado a reanudar las relaciones comerciales con la Rusia sovietista, la difusión de rumores mentirosos y la organización de desórdenes en Kronstadt tienen por único objeto influenciar al nuevo presidente americano para que cambie su táctica hacia Rusia. La Conferencia de Londres se celebró en este mismo período y la diseminación de semejantes rumores influenció por fuerza a la delegación turca y la hizo más apta para ceder a las exigencias de la Entente. La revuelta de la tripulación del *Petropavlovsk* es, sin duda alguna, un punto de la gran conspiración para crear dificultades en el interior de la Rusia sovietista y para desacreditar nuestra situación internacional. Este plan es puesto en ejecución en la Rusia misma por un general zarista y por ex oficiales, y sus actividades reciben el apoyo de los mencheviquis y de los social-revolucionarios."

El Comité de defensa de Petrogrado, dirigido por su presidente, Zinowieff, asumió el contralor completo de la ciudad y de la provincia de Petrogrado. Todo el distrito norte fué declarado en estado de guerra y todas las reuniones quedaron prohibidas. Se tomaron precauciones extraordinarias para proteger las instituciones gubernamentales y se colocaron ametralladoras en Astoria, hotel ocupado por Zinowieff y otros altos funcionarios bolcheviquis. Proclamas pegadas en los muros ordenaban la vuelta inmediata de los huelguistas a sus fábricas, prohibiendo la suspensión del trabajo y previniendo a la población para que no se reuniese en las calles. "En casos semejantes—se decía en el ukase—los soldados recurrirán a las armas. En caso de resistencia, la orden es fusilar sumariamente."

El Comité de defensa tomó medidas sistemáticas "para limpiar la ciudad". Numerosos obreros, soldados y marineros en los que se sospechaba simpatías por Kronstadt, fueron encarcelados. Todos los marineros de Petrogrado y varios regimientos del ejército, considerados "políticamente sospechosos", fueron enviados a puntos lejanos, en tanto que las familias de los marineros de Kronstadt, que vivían en Petrogrado, fueron aisladas como *rehenes*. El Comité de defensa notificó a Kronstadt su decisión por medio de una proclama difundida en la ciudad el 4 de marzo por un aeroplano y en la cual se decía: "El Comité de defensa declara que los encarcelados son tenidos como rehenes por el comisario de la flota del Báltico, N. N. Kusmin, por el presidente del Soviet de Kronstadt, T. Vassilieff, y otros comunistas. Al menor daño que sufran nuestros camaradas arrestados, los rehenes pagarán con su vida."

"No queremos efusión de sangre. Ni un solo comunista ha sido fusilado por nosotros", fué la respuesta de Kronstadt.

Un apóstol del ideal comunista libertario

Sebastián Faure

Su vida. — Su obra. — Su apostolado

VI

Mi Comunismo — La Felicidad Universal.

Helo aquí por fin en tierra a ese coloso, que sus guardianes creían eterno; oh; para echarlo abajo no necesitó mucho el pueblo de Francia, al que desde siglos envenenaba con su sombra y sus frutos. Algunas jornadas bastaron, inolvidables jornadas cuyo relato quedará grabado en letras de oro en la Historia nueva de una nueva Humanidad. Es necesario leer ese relato tal como su pluma, alerta y sobria, y con ojos proféticos, Sebastián Faure lo ha descrito en el prólogo de su libro.

Ante ese "proceso verbal" o esa "crónica" rápida de una revolución decisiva, poniendo París, la provincia y los campos en manos de los insurrectos, en cuatro o cinco jornadas, ante el orden perfecto, casi matemático, de la maniobra que produce ese resultado, el primer impulso es de creerlo inverosímil y de imposibilidad absoluta. Confieso que fué el mío, y confieso que persistió en mi espíritu aún después de haber leído y releído las páginas, en las cuales Sebastián Faure intenta explicar las causas de ese advenimiento fulminante del comunismo libertario.

Ciertamente, esas causas fueron de una fuerza formidable, igualando y hasta pasando a las que produjeron la revolución del 93; y es fácil, como lo ha hecho Sebastián Faure, resumirlas fielmente, porque las vemos accionar bajo nuestros ojos: por lo pronto la colosal carnicería de la cual Francia estaba todavía ensangrentada y mutilada; después las exageraciones del triunfo, las decepciones de la victoria, una deuda de 3.200 millones produciendo la penuria cada vez mayor del Tesoro, el marasmo creciente de los negocios financieros, industriales y comerciales, la depreciación del franco, el escándalo jamás reprimido de los aprovechadores y de sus fortunas colosales, hechas sobre los cadáveres de nuestros soldados; las regiones devastadas mantenidas en el abandono, el despilfarro desvergonzado de los millones destinados a su reconstrución, las víctimas de la guerra, mutilados, viudas, huérfanos, ascendientes reducidos a la miseria con la violación flagrante de sus derechos más sagrados, las huelgas en las fábricas, provocadas, queridas por los patrones que la guerra había enriquecido, el encarecimiento de la vida constatemente en aumento, en vez de atenuarse; la escasez de alojamiento agravándose con la avidez de los propietarios, hasta el punto de producir cada vez más expulsiones.

A todo esto agréguense las hostilidades y masacres continuando en Oriente en la casi ignorancia del pueblo, por no decir a pesar de él, los presupuestos de guerra oscilando entre cinco y seis millares de millones; el militarismo de los gobiernos de las Cámaras más altanero y poderoso que nunca; y, lo que ha omitido Sebastián Faure, nuestro imperialismo colonial cada vez más insaciable, explotando más cruelmente que nunca a nuestros millones de indígenas y agregando día a día nuevos cadáveres a los millones que la guerra había hecho.

Tales son, lo repito, resumidos por el autor como historiador fiel, los principales hechos y acontecimientos que habían llenado los quince años de la posguerra al cabo de los cuales, él hace estallar su revolución.

Confieso que reflexionando seriamente se puede reconocer ese lapso de tiempo, por corto que sea, como suficiente para justificar una explosión formidable de las masas desengañadas y oprimidas Y no es eso que yo contradeciría a Sebastián Faure. No. Es, vuelvo a repetirlo, sobre la maniobra fulminante y matemáticamente ordenada, que produce el suceso definitivo en cinco o seis días. Las razones explicativas que Sebastián Faure da no me han convencido en lo más mínimo. En efecto, ni la situación actual de los sindicatos y su movimiento, ni la del partido Socialista dividido en Comunista y disidentes, todavía menos la de la C. G. T., dividida en dos ramas, no justifican una evolución tan rápida, tan completa hacia esa solidaridad, hacia esa perfección, hacia esa sinergia maravillosa que les presta Sebastián Faure y que hubiesen sido, en efecto, necesarias para obtener el resultado que describe.

—Recuérdese lo que yo dije al comenzar este estudio, sobre la depresión física, intelectual y moral, en la cual está todavía sumido, después de la guerra, el proletariado francés, como el de todo el mundo. Quien quiera que juzgue imparcialmente el estado actual de esas fuerzas revolucionarias, no podrá negar que sus jefes, los que se llaman la elite, y que tendrían por misión utilizarlas centralizándolas en el momento preciso, están aún más enfermos y deprimidos que él.

Para curar esa enfermedad cuyos síntomas se van más bien agravando, y que ha comenzado hace casi cuatro años, bastarían apenas tres lustros, en la hipótesis del autor, (4 más 11 igual a 15)! Once años, solamente, para hacer comprender a los unos todos los peligros de la herejía revolucionaria que es la colaboración de clases, para demostrar a los otros que la dictadura del pueblo no es quizás la panacea completa!

Once años solamente para modificar de arriba a abajo a mentalidades que se creen socialistas y que son profundamente burguesas a pesar de todo, para hacer pensar al unísono el cerebro de Renaudel, de Alberto Thomas, de Jouhaux y el vuestro, mi querido Sebastián, pasando por el de Frossard y de Cachin!

¡No! ¡No! yo no lo creo.

Aún menos me haréis admitir que tan corto espacio de tiempo haya bastado para hacer de Francia lo que ella es cuando desembarcan los Durand. Por cautivantes, numerosas y precisas que sean vuestras explicaciones de un extremo al otro del libro, por grandes e irresistibles las fuerzas morales que hacéis entrar en juego, mi educación biológica me impide creer en esa rapidez casi cinematográfica de esta transformación radical que atañe al fondo mismo de la naturaleza humana, sobre la fisiología misma del cerebro humano, si puedo expresarme así.

Todavía ayer, yo releía el bello libro de Forel *El alma y el sistema nervioso*, y ante todas las enfermedades, ante todas las taras a las cuales están sometidos por su funcionamiento mismo, yo constataba con él como es raro encontrar entre la multitud humana un cerebro normal. El mismo pensamiento, releyendo los bellos libros de Ribot, sobre las *Enfermedades de la voluntad, de la personalidad y de la memoria*. Y este pensamiento tomaba en mi espíritu una fuerza más grande todavía, meditando sobre la hermosa página del libro *La Inteligencia*, donde Taine ha puesto con elocuencia en relieve esta insuficiencia y esta fragilidad de nuestra razón, página que no me resisto a dar aquí:

—"Lo que en el hombre nosotros llamamos la razón, no es un don innato y persistente sino una adquisición tardía y un compuesto frágil. Bastan ínfimas nociones fisiológicas para saber que ella está en estado de equilibrio inestable, el cual depende del estado no menos instable del cerebro, de los nervios, de la sangre y del estómago. Tomad mujeres que tengan hambre y hombres que hayan bebido, poned mil juntos, dejadlos enardecerse con sus gritos, con la espera, con el contacto mútuo de su emoción creciente, al cabo de algunas horas, no tendréis sino una baraunda de locos peligrosos.

"Ahora interrogad a la psicología: la más simple operación mental, una percepción de los sentidos, un recuerdo, la aplicación de un nombre, un juicio común es el juego de un mecanismo complicado, la obra común y final de millones de engranajes que, semejantes a los del reloj, tiran y empujan ciegamente, cada cual por sí, movido por su propia fuerza y mantenido por compensaciones y contrapesos. Si la aguja marca la hora más o menos justa es por el efecto de un encuentro maravilloso, por no decir, un milagro, y la alucinación, el delirio, la monomanía, que habitan en nuestra puerta, están siempre por entrar en nosotros. Propiamente hablando, el hombre está loco como el cuerpo está enfermo, por naturaleza, la salud de nuestro espíritu como la salud de nuestros órganos no es sino un resultado frecuente y un bello accidente.

Si tal es el riesgo para la trama y el canevás grosero, para los hilos gruesos y casi sólidos de nuestra inteligencia, ¿cuáles no serán los azarosos peligros para el bordado ulterior y superpuesto, para el tejido sutil y complicado que es la razón propiamente dicha y que se compone de ideas generales? Formados por un lento y delicado tejido a través de un aparato de signos, entre los tirones del orgullo, del entusiasmo y de la testarudez dogmática, ¡cuántas probabilidades para que esas ideas, en las mejores cabezas no correspondan a las cosas!..."

Así hablaba Taine.

Entonces, siendo la razón humana hasta ese punto insuficiente y frágil, el cerebro, su asiento central, estando sometido en su función a incesantes e infinitas variaciones, de las cuales muchas son mórbidas, ¿que milagro hubiese podido entonces, en tan poco tiempo (15 años), poner al unísono de la normal, a los treinta millones de cerebros franceses y darles la salud definitiva, ponerlos en el equilibrio perfecto que comporta la realización del ideal comunista libertario, tal como es puesto en práctica y descrito en *La Felicidad Universal*? Voy más lejos, siempre basado en principios biológicos, dudo mucho que, sea cual sea el número de años durante los cuales la especie humana evolucione sobre el planeta, la evolución de su cerebro pueda alcanzar el grado de perfección necesario para esa realización. Y a riesgo de pasar por un visionario o un alucinado voy a decir el por qué.

En tiempos primarios existían ya himenópteros sociales. Como lo ha dicho Darwin, el ganglio cerebraloide de la hormiga y de la abeja, puede ser considerado como la más grande maravilla realizada por la naturaleza con un poco de protoplasma; de él no han salido, sin embargo, después de millones y millones de años, sino la *colmena* y el *hormiguero*, es decir, dos organizaciones ciertamente asombrosas pero donde no dejan de batirse, de robarse, de esclavizarse y donde, a pesar de ciertas apariencias anárquicas, señaladas por los observadores, reina, entre las hormigas al menos, con no menor tiranía que entre las sociedades humanas, el principio de autoridad. (Ver Huber, Forel, Buchner, Weismann, etc., sobre la organización de los ejércitos entre las hormigas).

Se me dirá: hay distancia entre el ganglio cerebral de los himenópteros sociales más perfectos al cerebro del hombre con la extraordinaria complicación de sus neurones, la riqueza de su sustancia gris, la multiplicidad y la profundidad de sus circunvoluciones; y para obtener el poder de creación y de evolución de éste, será necesario ajustar ceros y ceros a la cifra que representa el mismo poder de aquel. Ahora bien, ¿si desde las épocas geológicas en las cuales aparecieron las abejas y las hormigas, hasta ahora, ellas han podido realizar la colmena y el hormiguero, por qué el hombre no llegaría un día a realizar con su cerebro la perfección a la vez fisiológica, intelectual y moral que exige, según usted, el advenimiento del Comunismo libertario y de la Felicidad Universal, suponiendo la desaparición del mal y tal como, según los principios anárquicos, los ha concebido Sebastián Faure?

¿Será por falta de tiempo o será porque las energías solares necesarias al mantenimiento de la vida, se habrán extinguido antes de la última etapa de la evolución? Pero las últimas teorías e hipótesis admitidas por los astrónomos contra las precedentes, dan como incalculables los años, durante los cuales el sol podrá dar a la tierra una provisión suficiente de luz y calor. Y entonces, ¿es científico formular, como usted lo hace, una negación absoluta?

Ciertamente, esas objeciones son poderosas, y yo me las he planteado a menudo, en mis horas de reflexión y sobre todo releyendo las páginas optimistas donde Spencer y John Lubbock nos muestran al mal moral desapareciendo de la tierra con el mal físico por la integración del Bien en lo inconsciente y el hombre realizando éste tan fácil y espontaneamente como el acto de la respiración, la moral y la conciencia reemplazadas por reflejos con los cuales todos tendrán la Verdad, lo Bello, lo Justo por resultado!

Sí, he sido a menudo sorprendido por esas consideraciones, pero en todo caso estamos lejos de los quince años que Sebastián Faure fuzga suficientes para obtener su Felicidad Universal.

A pesar de todo, creo que nuestro globo será reducido a un poco de polvo cósmico, volverá a ser una vaga nebulosa, perdida en el cielo estrellado, antes que se realice solamente la evolución prevista por Spencer y Lubbock. Pero ese cielo estrellado, ¿qué es? *"Una nube perdida en una fecunda inmensidad*, para hablar como el profesor Herrera; y nosotros, *"nebulozoários" como las últimas partículas de nubes terrestres, pasajeras e imperdurables.*

Con el sabio biólogo de Méjico creo que *"si se acepta la hipótesis de la transformación de los soles por transformación de nebulosas, nuestro infinito llenará a la producción de un soli pintoresco, rodeado de planetas y satélites enormes, cuyas "humanidades" sabrán aprovechar todos los progresos obtenidos con el sufrimiento y la lucha entre los mundos primitivos. Los más poderosos sueños de la imaginación no pueden representarnos lo que será, por la evolución, por así decir, eterna, de un infinito, el reino supremo de la Felicidad y la Justicia."*

Entonces solamente se realizará la felicidad universal.

He querido citar textualmente estas líneas que anteceden, que he tomado de su notable artículo *La Idea Libre* (noviembre 1921) y en las cuales encontré por primera vez expresado por un sabio lo que yo pensaba hacía tiempo.

Más de uno sonreirá, probablemente, al constatar que, como Herrera, yo contemplo desde Sirio a los hombres y cosas de aquí abajo. Y entonces, me dirán, ¿por qué se interesa usted por la anarquía? ¿Por qué simpatiza con sus discípulos que son hombres de inmediatas realizaciones? Responderé: Si me inclino hacia las doctrinas anarquistas con una afectuosa curiosidad, es porque las considero como las más bellas y las más nobles que hayan nacido del cerebro humano en la lucha contra el Mal de la vida, y también porque ellas fueron las de Bakunin, de Reclús, de Kropotkin, es decir, de hombres cuya vida representa un milagro de abnegación y sacrificio.

Y esto es explicará por qué me he detenido en la personalidad de Sebastián Faure, en cuyo cerebro brilla con su llama más pura, su noble ideal.

Y ahora, llegado al término de este estudio, que yo hubiese querido más perfecto, me dirijo de nuevo a todos los faltosos hermanos por cuya culpa el viejo militante tuvo tanto que sufrir, y les di-

go: He aquí al hombre que vosotros habéis abandonado; he aquí su vida, hecha ella también, de unidad, de sacrificio y de abnegación. He aquí su obra, donde respira el amor más puro, más profundo, sino el más clarovidente, de la humanidad. He aquí su apostolado ardiente y luminoso como una llama que no se ha apagado jamás ni jamás ha vacilado.

P. Vigné d'OTON.

La Ciencia y el Anarquismo

Antiguas civilizaciones—Civilización griega.

Grecia es un pequeño país de 57.000 kilómetros cuadrados, erizado de montañas y recortado de golfos. Tal país hace marinos hábiles y montañoses activos y sobrios.

Grecia tiene un clima muy dulce. Se puede dormir al sereno desde mayo a septiembre. El calor no es excesivo ni el frío vivo.

Origen de los griegos

Los arqueólogos han descubierto que los antiguos griegos descendían de los Aryas. Pero los antiguos griegos, ignorando la escritura, no sabían quienes habían sido sus antepasados.

Sin embargo circulaban leyendas; la más célebre era la que narraba la guerra de Troya, en el siglo XII antes de Cristo. Troya, ciudad rica, dominaba sobre la costa. Un príncipe troyano fué a Grecia y raptó a Helena, mujer de Menelao, rey de Esparta.

Los griegos asediaron a Troya. El más hermoso y fuerte de los griegos, Aquiles, mata a Hector, el más fuerte de los troyanos; pero fué muerto a su vez. Después de diez años de sitio infructuoso, los griegos simularon retirarse y partir, dejando ante las murallas de Troya un inmenso caballo de madera que contenía 300 jefes del ejército griego.

Los troyanos, confiados, introdujeron el caballo en la ciudad; entonces, durante la noche, los jefes salieron, abrieron las puertas de Troya a sus soldados prevenidos y la ciudad fué incendiada, los troyanos masacrados y las mujeres y los niños reducidos a la esclavitud.

Esta leyenda sirve de argumento a dos libros: *La Hiliada y La Odisca*, atribuídos a Homero.

Religión

Los Dioses. — Como los antiguos Aryas, los griegos creían en innumerables dioses. Cada dios es una fuerza de la naturaleza y lleva un nombre distinto. Se los representaban bajo la forma de seres vivientes: los dioses eran bellos hombres, las diosas mujeres expléndidas. Pero los dioses, siendo hombres, tenían mujeres, hijos, familia. La historia de esos dioses está narrada en un libro: La Mitologia.

Cada ciudad tenía su dios local, pero sobre todos estaban los grandes dioses: el Sol, la Tierra, el Mar, etc.

Los héroes — Los griegos creían que todo grande hombre después de su muerte se convertía en semi-dios, un *héros*. A los dioses y los heros, teniendo sentimientos de hombre, se les ofrendaban para congraciárselos, todo lo que es agradable a los hombres: leche, vino, dulces, carnes, frutos, etc.

Los santurarios — Todos los dioses adorados por los griegos tenían consagrado un santuario, donde se iba a orarles. Los más célebres fueron los de Zeus en Olimpia, de Apolo en Delos y en Delfos.

—*Invasiones y migraciones en Grecia*—

Los habitantes más antiguos eran llamados Pelasgos (antiguos). Después los Dorios invadieron el Peloponeso. Los Jónicos se establecieron en el Atica. Esparta era dórica, Atenas jónica. Todos los pueblos griegos convinieron pronto en darse un nombre común. Se convirtieron en el pueblo heleno.

ESPARTA—Cuando los dorios invadieron el Peloponeso, los antiguos habitantes de Esparta se convirtieron en sus siervos.

La educación de los niños espartanos—

Desde su nacimiento se les hacía soldados. Si el recién nacido era débil, previo reconocimiento, se le abandonaba sobre las montañas, donde era devorado por las aves de rapiña si alguna persona caritativa no lo recogía para hacer de él un esclavo. Si estaba bien constituído, desde los siete años se le educaba en común con los camaradas de su edad. Se les dividía en grupos de cien, sometidos a la autoridad de un jefe. Se les hacía pelear a puño limpio y a patadas. Una vez por año los fustigaban hasta sacarles sangre.

Las niñas — Permanecían encerradas en su casa, hilando lana, hasta su casamiento. Seguían cursos de gimnasia, corrían, saltaban, lanzaban el disco, la jabalina, para adquirir vigor y engendrar niños robustos, fuertes y ágiles.

La disciplina— Los espartanos eran soldados desde los 17 a los 60 años.

Las artes de Esparta — Eran la música y la danza.

Las instituciones— Reyes, Consejos de Ancianos, Senado o Asamblea del Pueblo.

El ejército espartano era temible; se desplegaba en falanjes. En gran honor se tenía a la gimnasia y tuvieron muchos y famosos atletas.

Los tiranos

En el siglo VII antes de Cristo muchas ciudades griegas fueron gobernadas por amos absolutos llamados tiranos.

Argos, Corinto. Sición fueron gobernadas desde el siglo VII A. C. por tiranos.

Atenas

Ciudad principal de Atica. Al principio los atenienses tuvieron reyes, después fueron reemplazados por nueve jefes; y el desorden comienza.

Solón— Para restablecer el orden los atenienses pidieron al sabio Solón que les dictara leyes.

Solón hizo tres reformas:

1o. Disminuyó el valor de la moneda.

2o. Concedió a los campesinos la posesión de la tierra que cultivavan.

3o. Dividió a los ciudadanos en cuatro clases, según sus rentas. Tenían que pagar los impuestos y prestar servicios en el ejército en proporción a su fortuna. Los pobres estaban exceptuados de impuestos y de servicio militar.

La colonización— Los griegos fundaron colonias en Asia, en Africa, en Sicilia, en la Galia y en España.

Las ciudades griegas — Nunca el pueblo griego formó una nación. Cada ciudad constituía un Estado aparte. Esos Estados combatían entre sí y se destruían.

El comercio — Los griegos fueron navegantes y comerciantes. Embarcaban las lanas de Lidia e iban a buscar a Egipto vidrios y joyas; en las costas del mar negro se proveían de hierro, pieles y pescados salados; en Italia, de vino y aceite.

Los templos — Los templos eran bellos edificios dedicados a los dioses y sus riquezas; una hilera de columnas rodeaba el templo por sus cuatro costados.

La escultura — Es el arte principal de los griegos. Sus artistas más célebres fueron Fidias, Praxíteles Lisis. Su obra más célebre es el friso de las Partenopeas que rodeaba los cuatro frentes del Partenon.

La cerámica — Entre los griegos la alfareria fué un verdadero arte y la llamaban cerámica, es decir, arte del alfarero; las estatuitas en terra-cota se apreciaban mucho; famosas son las encantadoras figulinas de Tanagra.

Los poetas — Citemos: Alcman, Alceo, Arion y la bella Safo, todos de Lesbos.

En el siglo VII antes de Cristo los más célebres poetas fueron Simónides y Píndaro.

Los sabios — También en el siglo VII aparecieron hombres que trataron de explicar la naturaleza y la vida humana. Eran los filósofos, sabios oradores. Se los llamaba sabios. Los más ilustres fueron Thales de Mileto, Bias de Prieno, Pitacus de Mitilene y Solón de Atenas.

Las guerras médicas

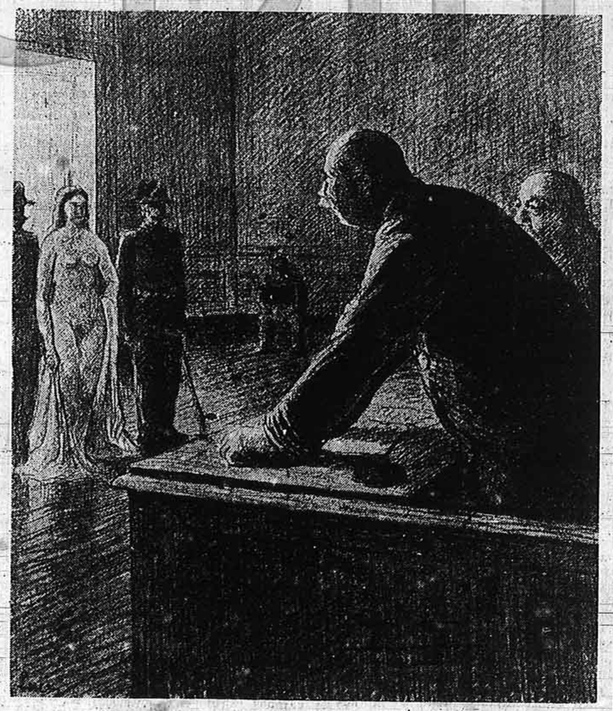
Ciro, rey de Persia, se posesionó de las colonias griegas de Asia.

Treinta años después se puso frente a los griegos de Europa. Los atenienses tomaron a Sarda y la incendiaron. Darío, hijo de Ciro, se vengó destruyendo las ciudades griegas en Asia.

Primera guerra médica — No fué sino una expedición contra Atenas. La victoria de Maratón (490 años antes de Cristo), la salva.

Segunda guerra médica — Jerjes, hijo de Darío, diez años después de la derrota de su padre, reunió (según Herodoto), un ejército de 1.700.000 soldados, y cruzó el Helesponto en un puente de barcas. Los griegos se aterrorizaron. Muchas ciudades se sometían a los persas, pero Esparta y Atenas decidieron oponer resistencia. Leonidas, rey de Esparta, fué deshecho por los persas en las Termópilas. Pero en Salamina, la flota persa fué batida completamente por la flota ateniense (480 ant. de C.). En Platea el ejército persa fué destruído por el ejército griego. (479). En Mycal volvieron los griegos a derrotar a los persas (479. Los griegos habían vencido al gran rey, destruyendo su inmenso ejército y su gran flota.

S. FAURE.



LA VERDAD ANTE EL TRIBUNAL